

## Más brillante que mil soles

Borja Rivero

Por encima de él estaban las alcantarillas, eso explicaba las goteras y el hedor. El corazón se le había encogido cuando percibió luz allí dentro, pero no había nadie. Las lámparas de gas tan solo iluminaban muros de piedra pringosa y algunos bancos podridos. ¿Cuántos años llevaba esa capilla bajo tierra, con sus luces encendidas, esperando que alguien la descubriese de nuevo? ¿Cuántos? ¿Cien años? Quizá muchos menos, quizá el agua había logrado esa impresión de largo abandono, quizá allí se arrodilló su madre. Esa idea le hizo detenerse. Miró hacia abajo y apartó el barro con la punta de su bota, bajo él pudo apreciar mármol rojo, algo demasiado lujoso para ser una cripta sin importancia, y aquello le inquietó aún más.

Se sacó la máscara de gas para verlo con sus propios ojos. En la pared del fondo había una hornacina con la pintura devorada por el moho, en su centro una efigie subsistía en la penumbra, un ídolo de hierro con la boca abierta grotescamente, y cuatros brazos alzados hacia el altar. La estatua estaba sentada con las piernas cruzadas, y el óxido había horadado un agujero en su pecho, revelando su interior hueco.

Aquella representación le traía recuerdos de su niñez, a su madre musitando una oración a la cabecera de su cama, rezaba al Emperador de cuatro brazos, al mesías que debía salvarles de la miseria, conducirles hacía un futuro “más brillante que mil soles”. También recordó el propósito de aquellos cuatro brazos: uno para arrancar el corazón de los impuros, otro para defender a los débiles, otro para alimentar a los hambrientos, y el cuarto para dar la bienvenida a la salvación que vendría de las estrellas.

Sintió un escalofrío cuando se imaginó a su madre allí mismo, sentada en uno de aquellos bancos, con toda su esperanza puesta en la abominación de metal. Sus salvadores habían llegado, pero ella ya no estaba allí para recibirlos.

Una detonación no muy lejana hizo temblar violentamente la capilla, y el cristal de una de las lámparas se rajó al golpearse contra el muro. Aquello le hizo reaccionar, se puso de nuevo la máscara y avanzó hasta la hornacina, decidido, desenganchó una granada y la metió en el pecho abierto de la figura, luego salió a grandes zancadas. Estalló justo cuando hubo traspasado la puerta, pero la fuerza de la explosión le hizo perder el equilibrio y caer. Una avalancha de lodo y escombros se desparramó por el pasillo, arrastrándole con ella, y estuvo a punto de tragarle.

Había sido un impulso temerario, incluso su comisario lo habría calificado como una estupidez, pero no podía obviar aquella blasfemia, no quería, era un tumor pendiente de ser extirpado, y si hoy debía morir, lo haría con esa pequeña satisfacción.

Se levantó, se limpió los visores de la máscara, y siguió adentrándose en la maraña de corredores. Cuando el comisario murió y toda su escuadra se deshizo, él tuvo una revelación, un recuerdo fulgurante como un rayo: debía llegar a los pasadizos abandonados del subnivel 2. Sin duda, los inescrutables designios del Trono le habían llevado hasta allí.

No había pisado los túneles desde su niñez, nadie lo había hecho desde que a los oídos del gobernador llegaron noticias sobre disidentes y herejes escondidos, sobre un culto blasfemo que reverenciaba un emperador distinto al de Terra. El bueno del gobernador decidió purgar la infestación con lanzallamas, para después sellar las puertas. Su madre desapareció ese día, y él supuso lo evidente.

Siguió descendiendo, y una agradable sensación de seguridad le embargó. Se encontraba a tanta profundidad, que el sonido de las explosiones llegaba casi en un susurro. Le tentó la idea de quedarse allí, de esperar el fin inevitable de aquel infierno en la tranquila oscuridad. Estaba muy cansado.

Dos años atrás se había abierto una herida púrpura en el cielo, y desde entonces no conocieron la paz: primero se enfrentaron a criaturas chillonas que lanzaban llamas multicolores, lograron expulsarlas con ayuda de mutantes de piel hinchada y amoratada, que surgieron de los subniveles; sin embargo, más tarde esos mismos mutantes se revelaron como el enemigo, y se enzarzaron con ellos en una guerra interminable. No fue lo peor, una extraña flota había aparecido sobre el planeta hacía tan sólo unas semanas, vomitando oleadas de criaturas con cuatro extremidades y grandes fauces. Él lo supo

entonces, la salvación de su madre había llegado en forma de plaga, y su único propósito era devorarlos a todos.

Habían resistido todo lo posible, e incluso se les unieron los ángeles del emperador, una veintena de gigantes con corazas verde brillante y piel negra como el ónice. Fue en vano. Los tiránidos, así los llamaban en el alto mando, arrasaron su posición. Después de eso a nadie le quedó esperanza.

Pensaba en todo aquello mientras seguía recorriendo los túneles. Caminó durante horas, y en más de una ocasión se vio obligado a desandar sus pasos, pero creía en su visión, en ese fragmento redescubierto en su memoria, en la guía del Emperador. Su madre sólo le había llevado al subnivel unas pocas veces, porque a él le asqueaba aquella gente, y se escabullía en cuanto le era posible. En una de sus huidas había llegado hasta una puerta distinta a las demás, pero el recuerdo había permanecido oculto todos esos años, y sólo la muerte del comisario le regaló su epifanía, pues un chorro de ácido le había alcanzado en plena cabeza, y su calavera asomó blanca y humeante de la carne derretida.

Ante él tenía ahora un cráneo distinto, era un relieve mitad humano mitad cyborg dentro de una rueda de engranaje. Lo apretó y una luz se iluminó en su ojo artificial, escaneándole. Aguantó la respiración durante los segundos siguientes, hasta que escuchó el clic-clic-clic de los cerrojos. Nunca sabría lo que el espíritu máquina había reconocido en él para dejarle pasar.

Entró.

Era una habitación pequeña y muy muy antigua, repleta de monitores y teclados, la mayoría herrumbrosos y apagados. El vidrio del gran ventanal había desaparecido, y al otro lado se encontraba el inmenso abismo al que recordaba haberse asomado de niño, un pozo de muchos pisos de profundidad, con una torre de hierro remachado dormida en él desde hacía quién sabe cuánto tiempo. De niño no supo qué era aquello, e incluso le lanzó algún trozo de metal, que sonó ominoso sobre su superficie. Ahora sí lo sabía, su forma era la de un misil, ancho como la cúspide de una de las agujas de la ciudad.

Sobre su cabeza retumbó el eco de una nueva explosión, allí arriba había unas compuertas cerradas por el tiempo y el peso de siglos de construcciones. Aquello no se abriría, de eso podía estar seguro. Entonces, sin saber por qué, sintió que debía

apresurarse, como si el tiempo se le echara encima, como si algo hubiera sentido el peligro y estuviera buscándolo.

Miro a su alrededor, pero los mandos eran inutilizables. Descubrió otra compuerta, tras ella una escalera de caracol conducía al fondo del silo. Hacia la mitad de su descenso, un pasillo le condujo a una plataforma que se adosaba al torpedo. Se acercó. Había una trampilla con la imagen de un ciclón impresa. No le costó desmontarla, y dentro descubrió una maraña de cables, un panel de control corroído, y un pequeño núcleo de energía chisporroteante. No sabía nada de ingeniería militar, pero tuvo esperanza en que el Emperador fuera piadoso con su destino y el de su planeta.

Se quitó la máscara de gas, y tragó el aire frío y húmedo, llenándose los pulmones con ansia varias veces. Sentía la ira de eso que le buscaba, una rabia profunda y sin límites. Dudó, bañado en sudor, y tuvo miedo. Allí, al final de tantas cosas, quiso volver a ser un niño, quiso volver a casa, pero no había ningún lugar al que regresar.

Desenfundó la pistola de plasma del comisario. Temblaba, así que se apoyó en la barandilla ayudándose con la mano izquierda. Apuntó al núcleo de energía.

Respiró una vez más.

—Por el Trono —murmuró, y acto seguido apretó el gatillo.

Una explosión azul le arrancó del suelo y le arrojó hacia atrás con un estruendo ensordecedor, pero no llegó a notar el golpe de la caída ni el dolor, sino un silencio purísimo acariciando su piel. El calor se llevó su agotamiento, y una luz blanca creció, envolviéndole, y él aspiró aquella luz. Había logrado el futuro soñado por su madre, más brillante que mil soles, mucho más brillante.